BENJAMIN MARTIN SANCHEZ
Profesor de Sagrada Escritura

SENDA DESCONOCIDA

4 Cartas sobre la Virginidad

(2.ª edición)

1.ª A las almas que ignoran este don.
2.ª A las que lo conocen.
3.ª A las que van camino de perderlo.
4.ª A las que lo han perdido.

APOSTOLADO MARIANO
Recarero, 44
41003 Sevilla

Con licencia eclesiástica

D.L.: M- 5.848-1988
I.S.B.N.: 84-7770-104-0

Impreso en España
Gráficas Futura, Soc. Coop. Ltda.
Villafranca del Bierzo 21 FUENLABRADA (MADRID)

PRESENTACION

Muchos son los que no conocen ni aprecian el don de la virginidad. El ambiente que viven contribuye a la pérdida del mismo y por eso interesa demos a conocer su valor.

San Jerónimo escribió un pequeño libro con el título «De la guarda de la virginidad», el que dirigió a una jovencita, que se entregó a su dirección espiritual y fue esclarecida virgen romana del siglo V.

Esta fue la hija menor de la insigne matrona Santa Paula. Su nombre latino era Eustochium, Eustoquio, y por adoptar la desinencia femenina se le llama Eustoquia. Mayores que ella en edad fueron sus otras dos hermanas Blesila y Paulina, de quienes habla el Santo Doctor en varias de sus epístolas con encendidos elogios. Para animarla a seguir y a abrazar este angelical estado, le dice:

«La gloria de la virginidad te sitúa entre los ángeles y coloca al mundo debajo de tus pies. No quiero que esta heróica resolución de ser virgen engendre soberbia en tu espíritu, sino temor. Andas cargada de oro, debes evitar los ladrones. Esta vida es un estadio para los mortales; aquí

luchamos para ser en otra parte coronados. Nadie camina seguro entre serpientes y escorpiones».

Este bello pensamiento me ha movido a escribir estas 4 cartas a otras tantas clases de almas, para advertirles, especialmente a cada una de las tres primeras, que andan cargadas de oro, llevando consigo una perla preciosa que vale más que todas las riquezas del mundo. Y ¿qué joya es ésta? Como todos pueden comprender es la Virginidad.

Pero al ver en el transcurso de mi vida que muchas almas no se han dado cuenta de su valor hasta después de haberla perdido, y que me han hecho exclamar con el profeta: Quomodo obscuratum est aurum... ¡Cómo se ennegreció el oro! ¡Cómo el oro fino perdió su brillo! (Tren. 4,1), mi finalidad al presente no es otra que mover a otras muchas a estimar grandemente esta virtud, por ser ella la que más las hermosea, y para que se animen a seguir esta «senda desconocida», si comprenden que tal ės la voluntad de Dios.

Las 4 cartas complementan el tema relativo a la pureza que voy a exponer, y no dudo que su lectura y meditación les hará reconocer con el apóstol que «cada uno tiene de Dios su propio don»...

Que las almas que lean este libro sean «sembradoras de pureza en el mundo». Este es mi deseo.

Benjamín Martín Sánchez

Zamora, 2 de julio de 1987

1.ª Carta

A LAS QUE IGNORAN EL TESORO DE LA VIRGINIDAD

Para las jóvenes de 13 a 16 años que, poseyendo este tesoro, desconocen su valor.

Bienaventurados los limpios de corazón... (Mt. 5,8).

Muy estimada en el Señor:

Tú posees un tesoro de inestimable valor, y quiero que lo conozcas para que sepas estimarlo debidamente, y no te suceda lo que a tantas otras que, sólo se han dado cuenta de él, después de haberlo perdido.

La ternura y lozanía de tu semblante, ese singular atractivo y esa ingenua mirada llena de ternura dulcedumbre, el fulgor de tus ojos que, viendo las cosas de la tierra, y más cuando el corazón ansía lo bello y lo sublime... están hablando a los que te rodean de pureza y revelan en ti ese don de la virginidad que posees y que tal vez desconoces.

Este don es de gran valor. «Andas cargada de oro y debes evitar los ladrones». Ese tesoro es tu virginidad. Si tú conocieras este don y cuánto vale, ¡cómo lo custodiarías!

Tu pureza virginal vale más que todo el oro del mundo. Ella hace dulce la vida y es fuente de alegría sincera, porque lleva consigo tranquilidad de conciencia y paz inalterable en el alma.

Cuando te des cuenta del gran tesoro que llevas contigo y sepas hermanarlo con la humildad y la caridad serás verdaderamente feliz.

En esta carta me propongo hablarte del valor y de la hermosura de la pureza para que la ames mucho y no la pierdas jamás. A este fin pongo a tu consideración estos puntos:

1) *¡Vive alerta!*
2) *Excelencia de la virginidad.*
3) *Su hermosura.*
4) *Educación para una vida pura.*
5) *Ama mucho la pureza.*
6) *Sé decidida en ir por esta senda.*

1) ¡Vive alerta!

Te he dicho que «debes evitar los ladrones», que te acechan y quieren robarte ese precioso tesoro que posees.

Estos ladrones que se presentan bajo diversas formas, y que el demonio envidioso y tentador de las almas suscita a cada paso, son entre otros: *Las malas lecturas y las malas amistades, las conversaciones poco honestas, el baile, el cine poco bueno y otras diversiones. También los juegos y el trato con personas de diverso sexo,* de cuyos peligros te hablaré en otra carta en la que expondré más ampliamente estos conceptos.

En los años de la pubertad, máxime de los 13 a los 15 años, suelen ser ya frecuentes en muchas personas las tentaciones contra la pureza, los pensamientos y aún los deseos malos, y hasta pueden sentirse malos movimientos de la carne. Alguna vez aparecen ciertas amistades particulares apasionadas, curiosidades sexuales y sueños con imágenes más o menos limpias..

Si tú llegases a sentir algo parecido, debes vivir alerta para rechazar todo lo malo. Debes tener presente que lo sucedido en sueños, sean de la clase que fueran los pensamientos, no es pecado. *La puerta del pecado es la voluntad*, y, por lo mismo si alguna vez te ves rodeada de pensamientos o imágenes feas, no queriéndolas, tu alma no queda manchada con ellas.

La naturaleza humana quedó viciada e inclinada al mal por el pecado original, y por eso puedes *sentir* lo malo, mas *si no consientes*, no pecas. Y así dice el verso o décima del P. Manuel de Jaén, que debes encomendar a tu memoria:

El sentir no es consentir.
El pensar no es querer:
consentimiento ha de haber
junto con el advertir.

Mal puedo yo consentir
la tentación que no advierto;
y, aunque soñando o despierto
esté, si no quiero el mal,
puedo estar seguro y cierto,
que no hay pecado mortal,

2) Excelencia de la virginidad

Para animarte a conservar tu pureza debes pensar en la excelencia de esta virtud.

Los Libros Santos hacen grande elogio de ella, y entre otras expresiones hallamos estas:

«¡Oh, qué hermosa es una generación casta con esclarecida virtud! Su memoria es inmortal y llena de honor ante Dios y ante los hombres» (Sab. 4,1).

«Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación; que os abstengáis de toda especie de impureza; cada uno de vosotros sepa guardar su propio cuerpo en santificación y honor, sin abandonarse a los ardores de la concupiscencia, como los gentiles que no conocen a Dios» (1 Tes. 4 3-5).

«Bienaventurados los limpios de corazón...» (Mt. 5,8). *El corazón de la persona casada se halla dividido, mientras que el de la persona virgen se preocupa de las cosas del Señor y de ser santa en cuerpo y en espíritu* (1 Cor. 7,32-34).

Tanta es la hermosura de la pureza que muchos le aplican aquellas palabras del libro sagrado del Eclesiástico: *Todo lo que existe sobre la tierra, valga lo que valga, no es digno de ser comparado al mérito de un alma casta* (26,20).

El mismo Jesucristo después de decir que la virginidad es un don de lo alto, añadió: *«El que se sienta capaz de este don, ¡adelante!* (Mt. 19,12).

La Iglesia Católica, que llamó siempre a las jóvenes adornadas con esta virtud «Esposas de Je-

sucristo», y que ensalza y antepone la virginidad al matrimonio, según lo definió en el Concilio de Trento (Ses. 24), exclama «¡Oh santa e inmaculada virginidad! No sé con qué alabanzas ensalzarte...» (Of. Eccl.).

«No hay lengua humana que pueda dignamente expresar el valor de la castidad virginal» (S. F. de Sales).

«Las vírgenes son santas en el cuerpo y en el espíritu. ¿Ves qué honor tan grande tiene la virginidad? Viven en la tierra, pero su vida es semejante a la de los moradores del cielo. Están revestidas de frágil cuerpo; pero no son vencidas por los halagos de la carne... Hemos de ser puros como los ángeles, puesto que estamos destinados a vivir como ellos» (S. Crisóstomo).

«La virginidad, comenta San Cipriano, es la flor más hermosa del jardín de la Iglesia, es el adorno más preclaro de la gracia espiritual, es la obra más completa de la alabanza y del honor, es la imagen de Dios que mejor responde a la santidad del Señor, es la más ilustre porción del rebaño de Cristo. Por las vírgenes se alegra la Iglesia y en ellas florece la gloriosa fecundidad de tan santa Madre. Cuanto más florece el número de las vírgenes consagradas a Dios, tanto más se aumenta su honra y su alegría».

«La pureza es una perla preciosa y rarísima, y sin embargo es necesaria» (S. Atanasio).

En favor de la castidad (que es una voluntad inquebrantable de ser puros en pensamientos, palabras y obras) abundan también testimonios profanos y de muchísimos doctores médicos:

«Es posible vivir puramente, y no es peligroso en lo más mínimo. La vida inmoral puede acarrear muchos males; la continencia ninguno» (Dr. Surbled).

«La continencia es posible sin ningún detrimento de la salud; es un hecho comprobado por miles de casos» (Dr. Meye).

«Las bendiciones de una vida casta la experimentan en sí todos los hombres, especialmente los jóvenes» (Dr. Mantegazza).

«La pureza es la gloria de nuestro cuerpo, el adorno de las costumbres, la santidad de la mujer, el lazo de la modestia, el manantial de la castidad, la paz de la casa y la base de la concordia. La pureza no se ocupa más que en agradarse a sí misma... Nadie puede acusarla, ni siquiera los que no la tienen; es venerable hasta por sus enemigos, que la admiran tanto más, cuanto no pueden combatirla y triunfar de ella» (S. Cipriano).

3) Hermosura de la castidad

Esta virtud es hermosísima y es lo mismo que entereza, limpieza y honestidad de cuerpo y alma. San Pablo la llama *santidad*, no porque lo sea formalmente en sí, sino para que se entienda que el hombre casto tiene mucho andado por ser *santo*.

El primero y supremo grado de la castidad es la *virginidad*. Esta consiste en un firme e irrevocable propósito de conservar perpetuamente la pureza de alma y cuerpo que nunca se perdió.

Las vírgenes se asemejan a los ángeles, y hasta hacen ventaja a los mismos, por cuanto consiguen, según el dicho de los santos Padres, por el mérito de una continua lucha, lo que ellos tienen por naturaleza. Las vírgenes son flores del cielo y ángeles de la tierra.

«La belleza de la virtud de la castidad es tal, que comparada con ella no hay flor que no sea cieno, ni perla que no sea fea, ni luz que no sea sombra. No hay arroyo tan puro ni tan terso cristal, a los cuales así embistan los rayos del sol como el alma casta penetra la divina luz.

«Es error buscarle comparaciones en la tierra; porque su naturaleza es toda del cielo. Es tan preciada en sí misma, que entre todas las virtudes se apellida la hermosa y limpia, la querida de Dios y adorada de los hombres: ella es joya de inestimable valor, es prenda de un claro juicio y honrado corazón; pero tan delicada, que a poca incuria o se mancha, o se desluce o se pierde.

«Es de tanta estima que nadie sin dar mucho precio por ella la puede adquirir ni guardar. La abstracción y recato, la cautela y la mortificación son los antemurales de esta virtud, la cual no puede estar segura si aquellos no permanecen en pie. Castidad sin costas (esto es, sin lucha y sacrificio) no se encuentra en el Evangelio, ni sabio alguno la puede imaginar» (Bergier. Dic. Theol).

De esta virtud se ha dicho que tiene un no sé qué de radiante que cautiva a todo el que la mira, y es que su belleza excede a todas las bellezas humanas, y sin ella ningún alma puede llamarse hermosa.

Un alma que guarda y profesa la virginidad, no puede menos de atraer las miradas de Dios, de sus ángeles y de cuantos la rodean en la tierra.

«Es imposible, decía el P. Lacordaire, ver un alma virgen de rostro puro sin sentirse movido de una simpatía junto con cariño y respeto».

«¿Quién podrá expresar la hermosura de un corazón puro? Un cristal perfectamente limpio, el oro más fino, un diamante sin tacha alguna, una fuente del todo clara, no igualan ni con mucho la hermosura y la limpidez de un corazón puro» (Bossuet).

4) Educación para una vida pura

El niño es como un arbolito al que hay que rodear de cuidados para que crezca derecho. Esto lo sabes tú, y por ser aún joven te interesa conocer bien esta virtud para que no la pierdas y siga hermoseando tu alma desde la más temprana edad, pues, como dice el proverbio «la senda por la cual comenzó el joven a andar desde el principio, esa misma seguirá también cuando viejo». De aquí la necesidad de que *se instruya*, según el Sabio, *al niño en su camino, porque aún de viejo no se apartará de él* (Prov. 22,6).

Los santos han comparado la virginidad a las flores, especialmente a la azucena, la cual vence y supera a todas las demás por su fragante aroma y su cándida pureza. Su planta, la castidad, necesita un esmerado cultivo para que todos puedan admirar la belleza de esta excelsa virtud que tanto hermosea a las almas. Ella, como dice San

Gregorio Nacianceno, está en medio de los vicios que la rodean como la rosa entre espinas.

La educación para una vida pura exige de ti que tengas:

1.º *Pleno sentido de Dios*, o sea, comprender y hallar a Dios *en la soledad* como en el trato con otros. A Dios hay que respetarle, adorarle y consagrarle cuerpo y alma. ¡Qué bella es la inmolación en obsequio a Dios!, y así nos dice San Pablo: *«Os ruego, hermanos, que ofrecáis vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios...»* (Rom. 12,1).

Mucho interesa actuarse en la presencia de Dios, ya que «los jóvenes no habituados al respeto de Dios, no podrán soportar norma alguna de honesto vivir y sin ánimo para negar nada a sus deseos» (León XIII).

2.º *Tener sentido de la malicia del pecado*, porque él aleja de Dios, y *tenerlo también del sacramento de la penitencia*, porque la confesión no sólo borra el pecado, sino que nos sirve para obtener más gracia y delicadeza de conciencia. Educar para una vida pura requiere el evitar las ocasiones del pecado, el desterrar de las casas las pinturas e imágenes deshonestas, los libros de novelas o amoríos y demás obras frívolas, las malas compañías, el ambiente de una mala vecindad, los espectáculos peligrosos como los bailes y reuniones donde la juventud se entrega a bulliciosos placeres...

Esto requiere también poner los medios necesarios (de los que ya hablaremos) para una vida pura.

3.º *Formación del sentido «de los demás»* es decir, respeto y reconocimiento del valor de toda persona, por su dignidad de bautizada y por ser templo de Dios. Esto exige cortar libertades o vulgaridades del lenguaje o ciertos juegos o conversaciones que hieren la misma dignidad humana y se oponen a la caridad y a la castidad.

Este respeto a las personas implica respeto del cuerpo, tanto propio como de los demás. Tú piensa que la caridad y la castidad han de ir unidas. No debes tocar a otra persona ni dejarte tocar, si se trata de algo poco decente o sensual.

La educación del respeto a la persona y máxime del pudor es necesaria. «El pudor, dijo Pío XII, adivina el peligro, impide ponerse en él y hace evitar las ocasiones a que algunos menos prudentes se exponen. El pudor no gusta de palabras torpes o menos honestas, y aborrece aún la más leve inmodestia; evita la familiaridad sospechosa con personas de otro sexo, infundiendo en el ánimo la debida reverencia al cuerpo que es miembro de Cristo y templo del Espíritu Santo. Quien posee el pudor cristiano, tiene horror a cualquier pecado de impureza y se retira apenas siente despertarse la seducción» *(Sac. virginitas).*

5) Ama mucho la pureza

En esta recomendación que te hago no voy a hacer otra cosa que transcribirte unos pensamientos entresacados de las cartas de un joven seglar, que dirigió a niños y a niñas de 13 a 15

años. Ellos hablan elocuentemente de la estima en que debemos tener todos la pureza, y de los medios de conservarla y no dudo que pueden hacerte mucho bien (1).

— *La pureza proporciona alegría.* «La pureza ennoblece el espíritu, aclara la inteligencia, eleva la mente, acerca a Dios y con ella no hay dificultad ni problema.

El corazón puro tiene horizontes muy amplios, la clarividencia de las cosas, serenidad en las luchas, celo por el bien. Estas son sus características.

Toda alma inocente exenta de pecado tiene una natural tendencia hacia el optimismo y la alegría sin mezcla de abatimiento ni tristeza, teniendo

(1) Este joven, a quien me refiero, es un hermano mío: Manuel Martín Sánchez (Manolo «el de Castro») del que escribí su vida a los pocos días de su muerte, por datos ejemplares que aparecieron y cartas de pésame, y movido por la insistencia de algunos de que su vida haría mucho bien a otras almas. *«Pasó haciendo bien»* es el título que lleva. Su vida fue de bastante sacrificio, hizo voto de pureza desde pequeño, iba en su moto por los pueblos dando catequesis, y debido a él algunas jóvenes se consagraron a Dios, distribuyó sus bienes entre los pobres, y en una de sus hojitas de propaganda y de las que él repartió muchas, leemos este verso que bien le retrata:

Por maravilloso modo
su capital centuplica
quien aquí se sacrifica
y por Dios le dejó todo.
¿Qué dejó? ¡Un poco de lodo!
¿Qué le dan en cambio? ¡El Cielo!
Señor, qué dulce consuelo
pues lo que tan bien pagáis
si Cielo por tierra dáis
por Vos enmendarme quiero.

por repugnante todo lo que marque aversión a esta ley sobrenatural como en demostración de agradecimiento al Supremo Hacedor; siendo todo lo contrario en el alma disoluta y manchada por el pecado...»

Mientras se vive en pecado la tierra aparece triste, el semblante apagado en noche larga infernal...

¡Qué grande es vivir aquí o allí donde sea, pero con el temor y amor de Dios!

El nombre de Dios por nada se debe ofender, el confundido es quien así lo dice. ¡Es tan bonito ser bueno y tan feliz y alegre!

Comulga y ofrece sacrificios para expiar tus pecados y los del mundo.

— *Véncete y huye de la ociosidad.* «Te estoy escribiendo de madrugada, pues es cuando más esparcida está la mente, igual que para el estudio y no hay ruidos que interrumpan, pues para dormir ya sabes que con seis o siete horas está bien, aunque el cuerpo pida más, pero hay que enseñarlo, ya ves lo que dice el Catecismo sobre cómo se vence y huye de la carne, no hay que tenerle amor, ni a nosotros mismos, para entregárselo todo íntegro al único que lo merece, Dios nuestro Señor.

Cuanto más se desprecia el mundo y los consuelos terrenos de cualquier género que sean, más claramente lo encontramos... y qué grande es su amor, con él no hay cosa pesada ni triste, tan despejada la mente que todo se ve claro y lo que propones para el bien lo consigues... Sé muy diligente y activo, considera pecado un minuto vi-

vido a lo holgazán, porque el enemigo lo aprovechará para derribarte... Procura tener el corazón puro y sé humilde, que la sabiduría no te faltará...

Ya sabes que no sirve fiarse de sí mismo sin la ayuda de Dios y de su Santa Madre. Sin la oración y la mortificación no podrás triunfar de los enemigos del alma ni nadie por muy fuerte que se crea, pues por la confianza cae el hombre en la soberbia y así en la ruina de sus bajezas. La luz viene de lo alto y Dios se la da al humilde y temeroso de El.

— *Lleva a Dios en el corazón y ofrécete a El.* «Que el Niño Jesús te remita mis felicitaciones y te ilumine, pues si es verdad que lo llevas en el corazón y no en los labios solamente, entonces te favorecerá como a los demás santos con la sabiduría e infinidad de gracias, que no te puedes suponer si no has llegado a ese grado, pues si tu tienes la intención puesta en solo darle gloria a El, tu consuelo es hacer Su voluntad y no pensar mucho en el porvenir, sino rogar muy a menudo que te inspire lo que debes hacer... claro que todo esto, aunque niño, lo comprenderás aún mucho más claro si tu corazón no admite maleza ni mezcla siquiera de pensamientos impuros, pues si consistieses que éstos se estacionaran en ti, malograrías tu inteligencia y desconfiarías de la acción clara de Dios en las cosas y, por tanto, Su gran misericordia apartaría de ti la vista. Y ¿qué serías sin ella?...

No te juntes con los que no sean puros... Ofrécete enteramente inmaculado al servicio del Señor, pues un corazón puro y casto se distingue

de los demás al igual que una perla se distinguiría de entre un montón de barro, pues su brillo es sobrenatural y radiante, no puede engañar, es obra del Espíritu Santo. ¡Ay de tí si un mal compañero te seduce! Pronto perderías el resplandor de la pureza... y quizá para siempre. El cilicio no te olvides de *ofrecerlo* un rato diario, si es posible, pues experimentarás más dulzura en la lucha y tempestad.

Ofrece al Señor un holocausto de tu vida para que te perfume de gracia y alegría celestial y tu cuerpo no sea vencido ni profanado por la fealdad del pecado...

— *Consérvate pura.* «Mucho me agradaría que te aburrieses del mundo y buscaras el amor de Dios». ¡Qué diferencia entre ser santa y ser «del mundo»... y tan corta que es la vida, es todo una bobería no buscar a Jesús y entregarle el corazón entero, ¡con lo alegre que es eso!

Procura no hacerte de ángel, diablo, ama la virtud y no el vicio o el pecado y siempre serás feliz, pues ¿qué le faltará al alma que tiene el verdadero Amador? El hace dulce lo amargo y alegre lo triste.

Pídele la gracia a la Santísima Virgen, pues Dios siempre oye a las almas humildes y sencillas, y también a San José, que es patrón y custodio de las almas buenas e inocentes, para no ser nunca mancillada por el vicio y el pecado.

Sé intrépida en conservarte pura... Habrás leído emocionada la virtud heróica de Josefina Villaseca. ¡Antes morir que pecar! Primero Dios que todo. Nunca haga en nosotros mella ni el pe-

cado venial. ¿No te gustaría a ti ser alma toda de Dios? Pruébalo, ya verás qué grande es amar solamente a Jesús.

Cuanto más huyas del mundo tanto más te acercas a El, pues en sus reuniones peligra la inocencia. Lee a este respecto los capítulos del baile, las modas, las amigas... en el libro que te di, y verás qué peligros hay en esos sitios para ser buena.

Pronto, más pronto que puedas soñar, si eres fiel en la lucha y prueba (que toda alma fiel tiene que soportar para comprobar su valor y mérito), si en ese momento de crisis entre la carne y el espíritu, o sea, entre el vicio que halaga momentáneamente para conseguir poco y después la ruina, y entre la virtud que promete y consuela para llegar a ser feliz muy pronto y para siempre, si sabes contrarrestar con heroísmo por esta última los pensamientos malos y cuanto conduce al pecado para agradar más al Señor con la integridad de tu pureza, virtud máxima que ennoblece y asemeja a los ángeles, entonces agradarás muchísimo al Divino Amante, capaz por su puro amor de hacer portentos y maravillas en la morada de los corazones puros; pues confía en ellos hasta los secretos más ocultos que a ninguna otra criatura suele confiar, correspondiendo muy duplicadamente a nuestro pequeño corazón por haber entregado desde un principio sus primeros y más sabrosos frutos de amor. Este es el hallazgo de la santidad. ¿Será para ti esta digna palabra «santidad» algún día?...

Si tú te decides, nadie ni nada podrá hacerte rendir, pues la gracia de Dios te fortalecerá en

todas las pruebas cual otra santa Inés. Y a un Amante de este género no se da uno a medias, ha de ser entero, o casi es mejor nada, pues *servir* a Dios y al mundo es virtualmente imposible. Dios es el único que lo merece todo».

6) Decisión en el camino de la virtud

Si amas mucho la pureza, te diré: ¡Adelante! ¡Siempre adelante! No temas al mundo, ni hagas caso del qué dirán o a la burla que pueda hacerte una amiga coqueta y petulante. No debes retroceder ante una sonrisa burlona o un encogimiento de hombros. Esto sería dejarte dominar del respeto humano. Tú necesitas una decisión firme de seguir siempre por el camino del bien, y más si ves que Dios te llama a un estado de perfección.

Joven: Mi deseo al escribirte ésta, ha sido hacerte reflexionar sobre los conceptos que te he expuesto relativos a la castidad virginal para que te decidas a amarla mucho, y si ves que Dios te quiere para sí y no para el mundo, ¿vas a retroceder?

Si el mundo te persigue y se burla de ti, sin duda esto argüiría gran virtud en tu favor porque esto ya indica que no le perteneces, y si él te desprecia es señal evidente de que empiezas a ser seguidora de Jesucristo, quien dijo: *«Si fuérais del mundo, el mundo os amaría; pero como no sois de él, sino míos, por eso el mundo os aborrece»* (Jn. 15,16). (Véase mi libro: *«El mundo y sus errores». «Vanidad de Vanidades»*).

Piensa que la virginidad es hoy tu máximo honor porque te sublima y hermosea hasta hacerte un ángel terreno. San Ambrosio escribió: «La castidad hace ángeles y los que la guardan son ángeles». ¿No quisieras ser ángel por la guarda de esta celestial virtud? Piénsalo.

Te bendice tu afmo. Padre en el Señor.

B. M. S.

2.ª CARTA

A LAS QUE CONOCEN EL VALOR DE LA VIRGINIDAD

¡Oh, qué hermosa es una generación casta con esclarecida virtud! Su memoria es inmortal y llena de honor ante Dios y ante los hombres. (Sal. 4,1).

Muy estimada en el Señor:

A ti que conoces la belleza y el valor de la castidad, te escribo la presente para ayudarte a afianzar más en tu propósito de ser virgen consagrada al Señor.

La virginidad «no es un don de todos», sino «un don de lo alto», y para conservarla se necesitan grandes cuidados y una ayuda especial de Dios, y por eso para que tú la sigas estimando cada vez más y no la pierdas, voy a poner a tu consideración estos temas:

1) *Palabras de Jesucristo sobre la virginidad.*
2) *Doctrina de San Pablo.*
3) *¿Es posible guardar virginidad?*
4) *Enseñanzas de la Iglesia.*
5) *Palabras de Pío XII.*
6) *La virginidad consagrada.*
7) *La virginidad ¿en el mundo o en el claustro?*

8) *La virginidad no es de precepto.*
9) *Sentido de responsabilidad y abnegación.*

Ante todo empezaré por decirte que la virginidad consiste en la *integridad física del cuerpo* y en la *resolución libre, voluntaria, y perpetua* de abstenerse del matrimonio y de los placeres de la carne por amor a Dios.

Santo Tomás dice a este propósito: «La virginidad está esencialmente en el alma y materialmente en el cuerpo».

La explicación de esta definición procuraré dártela con toda claridad al hablar de la pérdida de la virginidad.

Tú debes tener como doctrina cierta que una persona es virgen *cuando ha guardado y guarda por amor a Dios la perpetua y absoluta integridad* (o pureza de alma y cuerpo).

La virginidad es una virtud especialmente cristiana, pues aunque todas los sean, sólo ella florece en el cristianismo y es un tesoro de gran valor, porque ella embellece a la Iglesia y no por su integridad en sí, como luego diré, sino por estar consagrada al servicio de Dios y del prójimo.

La virginidad es un don especial de Dios y no a todos es concedido, sino a los que lo desean con sinceridad y están dispuestos a luchar con la concupiscencia de la carne, y a este fin piden ayuda a Dios con fervor.

1) Palabras de Jesucristo

Jesucristo (que quiso nacer de una Virgen y pasó su vida mortal en el estado de *virginidad,*

con lo que nos enseñó que este estado le era agradable y que sería meritorio imitarle en este particular, en cuanto fuese posible), después de hablar del matrimonio, nos dice que la virginidad es un don de lo alto y más excelso, pero que no todos son capaces de tomar la resolución de ser vírgenes. Y a los que les parecían muy pesados los vínculos y obligaciones del matrimonio cristiano, les respondió:

«No todos son capaces de comprender esta doctrina (o de decidirse a ser vírgenes), *sino aquéllos a quienes es dado... Hay eunucos* (esto es, inhábiles e impotentes para el matrimonio), *que se hicieron tales a sí mismos por amor al reino de los cielos».*

Y concluyó el Señor:

«El que sea capaz de seguir esta doctrina, que la siga» (Mt. 19,11-12).

Te explicaré brevemente estas palabras:

En el nuevo reino de Cristo hay una clase especial de eunucos. Esta palabra «eunucos» es lo mismo que «inhábiles o impotentes para el matrimonio», pero no impotentes en el cuerpo, sino en el espíritu, en cuanto que *voluntariamente se abstienen del matrimonio* para ser más gratos a Dios y por amor al reino de los cielos.

Como puedes notar el matrimonio nace del amor *humano* y la virginidad nace del amor *sobrenatural*, del Amor (con letra mayúscula), esto es, del amor al Autor de la virginidad, y por El se sacrifica todo y se antepone su Amor a todos los amores terrenos.

Las palabras últimas de Jesucristo: *«Quien sea*

capaz de esta doctrina que la siga», las comenta Santo Tomás con San Jerónimo diciendo que suenan a llamamiento: «Quien tenga valor de tomar esta resolución de ser virgen, que entre a la lid», o lo que es igual: «El que se sienta capaz de este don, ¡adelante!».

Con estas palabras dice Pío XII en la *«Sacra Virgínitas»* el Divino Maestro no trata de otra cosa que de la resolución libre y voluntaria de abstenerse para siempre del matrimonio y de los placeres de la carne». Y en esta resolución «libre, perpetua, y por amor al reino de los cielos» consiste, como hemos dicho, la virginidad.

Y el mismo Pío XII nos dice que es precisamente virtud cristiana cuando se guarda «por amor al reino de los cielos», o sea, cuando abrazamos este estado de vida para poder más fácilmente entregarnos a las cosas divinas, alcanzar con mayor seguridad la eterna bienaventuranza y, finalmente, dedicarnos con más libertad a la obra de conducir a otros al reino de los cielo».

2) Doctrina de San Pablo sobre la castidad

La doctrina de este apóstol es en todo conforme con la de Jesucristo, y dedica todo el capítulo 7 de su 1.ª Carta a los Corintios para aclarar las consultas que le habían hecho los primeros cristianos sobre estas delicadas materias de la virginidad, soltería y matrimonio.

Después de reprobar las uniones ilegítimas o licencia sensual (1 Cor. 6,18) como dañosa y deshonra para ellos, les dice:

«¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros, que habéis recibido de Dios y que no os pertenecéis a vosotros mismos? Pues habéis sido comprados por Cristo a gran precio. Glorificad, pues, y llevad a Dios en vuestro cuerpo».

Después les dice:

«Acerca de las cosas que me habéis escrito, bueno es al hombre no tocar mujer (7,1). *Quisiera que todos fuéseis como yo* (San Pablo era soltero), *pero cada uno tiene de Dios su propio don, uno de una manera, otro de otra. Y a los solteros y a las viudas yo les digo: Es bien para ellos si permanecen como yo, mas si después no pueden vivir continentes, cásense, porque mejor es casarse que abrasarse* (en un fuego impuro)... (7, 7-8). Cada uno permanezca delante de Dios en el estado en que fue convertido a la fe (7,24).

A continuación, colocado el apóstol bajo el punto de vista de la perfección individual, sigue diciendo que es mejor permanecer virgen, y da estas razones:

1.ª Porque es preferible en razón de las dificultades presentes, *«por la instante necesidad»...*

2.ª Porque siendo la vida tan corta, interesa emplearla toda en el servicio de Dios;

3.ª Porque así puede mejor ocuparse de lleno en las cosas del Señor y agradarle más;

4.ª Porque los padres que, según el derecho antiguo, pueden disponer de la suerte de sus hijos, hacen bien en preferir para ellos la libertad en atención a las ventajas que resultarían para su vida cristiana.

Comentemos algunas de sus palabras:

— *A causa de la necesidad presente...* (v.26), esto es, por causa de la presente angustia, las penas de la vida, su brevedad, por el conjunto de incomodidades y preocupaciones materiales del matrimonio... *«es bueno al hombre permanecer así»*, como las vírgenes cristianas, siendo por ello preferible el estado de virginidad al del matrimonio.

— *¿Estás libre de mujer?* (v.27). Si no estás casado, si puedes guardar continencia, no te cases...

— *Si una virgen se casa, no peca...* (v.28). La virgen *mientras no esté consagrada a Dios,* no peca casándose, mas el verdadero estado de virginidad requiere consagración al Señor...

— *Digoos, pues, hermanos, que el tiempo es corto.* (29). ¿Entiende aquí San Pablo el correr del tiempo o brevedad de la vida humana, o se refería a la posibilidad de una pronta segunda venida de Jesucristo? (1 Tes. 4,133 ss.). De cualquier modo que se entienda, el fin va a llegar rápidamente para todos, porque la muerte está próxima, *«la escena* (figura o esplendor) *de este mundo se marchita»*, y en el estado en que nos halle la muerte apareceremos como si fuéramos supervivientes (1 Cor. 15, 51-52).

En consecuencia, porque es precaria y breve la vida humana, lo importante no es el estar o no casado, poseer bienes o no poseerlos, sufrir o regocijarse, sino lo precisamente importante es vivir entregado de lleno al servicio de Dios, el ser buen cristiano, porque «el tiempo es breve» y tan

breve es, que de hecho podemos decir ya que no existe. El mundo es una figura, un rostro marchitado, una sombra nada más.

— *Yo os querría libres de cuidados... Quien está casado anda solícito de las cosas del mundo y de cómo puede agradar a su consorte, y así permanece dividido...*

San Pablo no quiere que nos desentendamos plenamente de los asuntos terrenos, sino que centremos más nuestro interés en el servicio divino, porque esto es lo principal, lo demás es secundario.

En resumidas cuentas, tanto el matrimonio, como la virginidad son medios para servir a Dios, pero como la virginidad en sí nos ayuda *mejor* a conseguir el fin y es *más fácil* santificarse en este estado, porque no hay que estar tan pendiente de los cuidados anejos a la vida matrimonial que tanto distraen, y así se puede uno entregar mejor al servicio de Dios, síguese que la virginidad en sí es preferible al matrimonio y el apóstol la aconseja en cuanto las vírgenes tienen más libertad para el bien, y ¡cuánto más para ser apóstoles del bien! Por eso es de alabar y encomiar el estado de las vírgenes y el celibato sacerdotal, aureola de la Iglesia de Cristo, por cuanto así puede entregarse de lleno al bien de las almas.

3) ¿Es posible guardar virginidad?

Después de decir el apóstol: «*Yo os querría libres de cuidados...*», añade:

*«Os digo estas cosas por vuestro bien, no por tenderos un lazo, sino en orden a lo que más conviene y os hace más constantes y sin distracciones en el servicio del Señor... El que da su hija virgen en matrimonio, obra bien; mas el que no la casa, esto es, el que prefiere conservarla virgen (*siendo ella de este parecer*), obra mejor»* (1 Cor. 7, 35-38).

Esto nos denota que una voluntad decidida con la ayuda de la gracia divina, puede permanecer virgen, y que es posible guardar virginidad por cuanto Jesucristo hace esta invitación: *«El que se sienta capaz de este don, adelante»*. Además lo confirman los ejemplos de almas vírgenes de todos los siglos.

En el siglo II de la Iglesia, el apologista San Justino escribe:

«Los fieles se determinaron a guardar continencia por aquellas palabras de Jesucristo: "Hay hombres que renunciaron al matrimonio por el reino de los cielos". Entre nosotros muchas personas de ambos sexos, que tienen ya sesenta y setenta años, y que han sido instruídas desde su infancia en la doctrina de Jesucristo, perseveran en la castidad y me obligo a señalar a muchas en todos los estados, de la sociedad».

Y Atenágoras, filósofo griego del siglo II, también dice:

«Hay entre nosotros muchos hombres y mujeres que viven en celibato con la esperanza de unirse más estrechamente a Dios»...

Del siglo III podemos citar a Clemente de Alejandría, Tertuliano, Orígenes y a San Cripriano...

y poco más tarde a San Gregorio Nazianceno y otros, quienes afirman que la virginidad fue singularmente estimada y practicada por un sin número de personas desde el principio de la Iglesia, siendo la santidad de esta excelsa virtud una sólida creencia fundada ante todo en las lecciones de Jesucristo y luego de sus apóstoles (Berg. Dic. Theol. y S. Virginitas).

«Dios no manda cosas imposibles y da su ayuda para que puedas llevarlas a cabo» (S. Aug. y Conc. Trento).

El consejo dado por Jesucristo y los testimonios aducidos nos dicen que es posible conservar la virginidad en el mundo, si bien tiene sus dificultades.

Pío XII en la «Sacra Virginitas» nos dice:

«No se puede contar la multitud de almas que desde comienzos de la Iglesia hasta nuestros días han ofrecido a Dios su castidad, unos conservando intacta su virginidad..., otros eligiendo una vida totalmente casta después de haber llorado sus pecados; mas todos conviniendo en el mismo propósito de abstenerse para siempre, por amor a Dios, de los deleites de la carne».

4) Las enseñanzas de la Iglesia

La Iglesia Católica ha recomendado en todos los siglos de su existencia la virginidad, y como son innumerables los testimonios de los Santos Padres que podíamos aducir y también los Concilios, señalaré solamente éstos:

— *El Concilio de Trento dijo:*

«Si alguno dijere que el estado del matrimonio se debe anteponer al de la virginidad, y que no es mejor y más glorioso permanecer en virginidad o casta soltería que unirse en matrimonio, sea anatematizado» (S. 24).

— *El Conc. Vaticano II,* en el n.º 10 del Decreto «Perfectae caritatis»:

«Téngase en sumo aprecio la castidad, que deja el corazón libre y disponible para las obras de apostolado».

San Gregorio Nacianceno escribe:

«Ensalza, sí, el matrimonio, mas antes que el matrimonio la virginidad. El matrimonio es el perdón de la concupiscencia; la virginidad el esplendor; el matrimonio, el padre de los santos; la virginidad, un sacrificio; el matrimonio es la raíz de la virginidad, esposa de Dios; pero entre tanto es una servidumbre de la carne y de los ardores libidinosos».

San Cipriano escribiendo a las vírgenes en el Tratado que les dedicó, dice:

«Pongo ante tus ojos la excelencia de la virginidad sobre el estado conyugal, para que todos juzguen por conciencia propia fundada no en mi humilde y falaz opinión, sino en la autoridad del Espíritu Santo, que por boca de su profeta dijo ser más noble la virginidad, que se hermana con la virtud...

No condeno a la casada pero alabo fervorosamente a la virgen, porque las más puras satisfacciones de aquélla son como despreciable barro en comparación de las de ésta.

«La virginidad carece de sexo, es la infancia continuada, es el triunfo sobre la voluptuosidad...; está exenta de los dolores del parto. ¿Qué es la virginidad sino la libertad absoluta? No tiene un dueño en el marido; la virginidad está exenta de afectos desordenados. No está dedicada a los matrimonios, ni al siglo, ni a los hijos. No puede temer la persecución, pudiendo provocarla con su seguridad».

San Jerónimo escribió:

— «La virginidad es la joya más preciosa de la Iglesia... y mientras el matrimonio puebla la tierra, la virginidad puebla el cielo».

5) Palabras de Pío XII

Este gran Pontífice hace grandes elogios de la virginidad a la que le dedicó la Encíclica consabida «Sacra Virginitas»; pero quiero destacar aquí estas palabras suyas, dignas de meditación:

«Hoy quisiéramos tan sólo dirigirnos a aquéllos que, sacerdotes o seglares, oradores o escritores, no tienen ni una palabra de aprobación o de alabanza para la virginidad consagrada a Cristo; a aquelios que desde hace años y a pesar de las advertencias de la Iglesia y en contra de su pensamiento, conceden al matrimonio una preferencia de principio sobre la virginidad; a aquellos que incluso llegan a presentar el matrimonio como un solo medio capaz de asegurar a la personalidad humana su desarrollo y perfección natural; lo que hablan y escriben así sean conscientes de su res-

ponsabilidad delante de Dios y de la Iglesia. Es preciso incluirles en el número de los principales culpables de un hecho del cual Nos no podemos hablar sino con profunda tristeza».

6) La virginidad consagrada

El verdadero estado de virginidad requiere consagración a Dios. He aquí los testimonios que hablan en este sentido:

«La virginidad no goza de la firmeza propia de la virtud, si no nace del voto de conservarla siempre intacta» (S. Tomás y S. Buen).

«No es que se honre a la virginidad por ella misma, sino por estar consagrada a Dios... y no alabamos a las vírgenes porque lo son, sino por ser vírgenes consagradas a Dios por medio de una piadosa continencia» (S. Agustín).

«No quieran, pues, las vírgenes adornarse ni agradar a nadie sino al Señor, puesto que se han consagrado a Cristo y, apartándose de la concupiscencia de la carne, se han entregado a Dios en cuerpo y alma» (S. Cipriano).

«Los santos Padres, desde los primitivos tiempos de la Iglesia entendieron la virginidad como una consagración del cuerpo y del alma a Dios..., siendo el fin primordial y la razón principal de la virginidad cristiana, el tender únicamente hacia las cosas divinas empleando en ellas el alma y el corazón; el querer agradar a Dios en todas las cosas, pensar sólo en El, consagrarle totalmente el cuerpo y alma... Y sin duda los que más plena

y perfectamente ponen en práctica la enseñanza de Cristo sobre la perpetua renuncia del matrimonio, son los que se obligan con voto perpetuo a guardar continencia...» (S. Virg. Pío XII).

La virginidad, según tenemos dicho, es la virtud que renuncia generosamente y para siempre por amor del reino de los cielos, a todos los deleites de la carne, aspirando a costa de heróicos sacrificios a la santidad del cuerpo y del espíritu.

La virginidad es perfecta cuando se conserva con voto; mas no se debe proceder con irreflexión y ligereza en caso de tanta trascendencia. Las almas que deseen consagrar su virginidad a Jesucristo, deben hacer su *voto por tiempo determinado,* vg. de una fiesta de la Virgen a otra de la misma, y se ejercitarán en la oración hasta tener certeza de perseverancia.

Pedir consejo: En estos casos interesa pedirlo a un confesor prudente o director espiritual.

Pío XII en la «Menti Nostrae» dice: «Al trabajar y avanzar en la vida espiritual no os fiéis de vosotros mismos, sino con sencillez y docilidad buscad y aceptad la ayuda de quien, con sabia moderación, puede guiar vuestra alma, indicaros los peligros, sugeriros los medios idóneos, y en todas las dificultades internas o externas os puede dirigir rectamente a llevaros a la perfección cada vez mayor, según los ejemplos de los santos y las enseñanzas de la ascética cristiana».

7) Virginidad ¿en el mundo o en el claustro

Hay muchas almas que voluntariamente y por el deseo de servir mejor a Dios se abrazan al estado de la virginidad y luego dudan dónde vivir consagradas a El, y se preguntan ¿será mejor en el mundo o en el claustro?

No es posible precisarlo de antemano, porque es menester atender a las circunstancias que rodean en cada caso particular a la persona interesada.

De hecho hay quienes expresamente no quieren Convento ni matrimonio y otras que no pueden abrazar la vida religiosa, bien por necesidades de familia o por otras causas, y hallan su centro en un Instituto Secular conviviendo en medio del mundo con otras muchas jóvenes de diversas clases sociales: maestras, oficinistas, obreras, empleadas, etc., las que se comunican cada una desde su puesto y viviendo íntegramente la vida evangélica.

«Entre monja o casada la Iglesia introduce un estado jurídico de perfección y santidad en el siglo, en el campo de la castidad, pobreza y obediencia»(1).

Varios son los Institutos Seculares aprobados por el Papa... y muchos son los Conventos o Ins-

(1) Estas palabras son del Siervo de Dios Rvdo. D. Antonio Amundarain Garmendía, fundador del Instituto Secular «Alianza en Jesús por María». Para saber que es esta Instituto, véase mi libro *«Tu camino»*.

titutos Religiosos. Cada persona en particular puede escoger el que más le agrade.

Dios llama a las almas de muchas maneras. Tú debes darle gloria donde veas que mejor puedes servirle. En el mundo cuesta perseverar, pero también es muy meritorio cuando se sacrifica uno y se predica con el buen ejemplo y las obras de apostolado para arrastrar a otras almas al bien.

La vocación de las vírgenes es un dejar los amores humanos por irse tras un Amor únicamente sobrenatural y divino. Las almas que se consagran a Dios no quieren dividir su corazón entre otras personas humanas, y lo reservan todo y sólo para Dios. ¡Qué bello sería en ti dar un adiós como otra Santa Inés a los amadores del mundo y a todas sus vanidades, exclamando: Amo a Cristo!

El amor divino debe ser la explicación de esta decisión de entrega. Esta exige abnegación y sacrificio. En caso de una vocación dudosa, consulta y ora.

8) La virginidad no es de precepto

San Ambrosio comentando a San Pablo en su «Tratado de las Vírgenes», dice:

«Oigo al mismo apóstol decir que sobre las vírgenes no había recibido del Señor ningún precepto, y así es la verdad. Entonces ¿quién lo habrá recibido? Nadie. Y por eso no lo aduce San Pablo, sino que aconseja con el ejemplo, porque

la virginidad no es para mandada, sino para aconsejada y deseada, como cosa que sobrepuja las fuerzas humanas, y puede ser objeto de voto, pero no materia de precepto. De donde el mismo apóstol, dirigiéndose a las vírgenes, las exhorta a desembarazarse de los cuidados de la carne, porque así como el soltero, libre de mujer, se entrega con más generosidad al servicio del Señor, buscando a cada paso nuevas trazas de agradarle, así la virgen consagra enteramente su pensamiento a Dios, para ser santa en el cuerpo y en el espíritu, al revés de la casada, que por deberse al matrimonio tiene su conversación en el mundo y su amor en el esposo».

«Esto, añade el mismo San Ambrosio, no lo digo en menoscabo del matrimonio, sino a gloria de la virginidad cuyo estado es más excelente que el de los casados. Mas no van contra él mis alabanzas a la santa virginidad, ni pretendo con ellas apartar del matrimonio a los hombres, sino mostrarles un don precioso, que por ser desconocido de muchas almas tiene pocos devotos en el mundo, al revés del matrimonio, que nadie ignora, buscan muchos, a todos es lícito».

El ofrecimiento de la virginidad, para que sea grato a Dios y meritorio, debe hacerse de un modo *libre y voluntario*, solamente *por su amor y por el reino de los cielos*... La virginidad no es sólo una simple renuncia a los placeres impuros, sino una entrega total a Dios que hace un alma impulsada por su amor y en bien a sus hermanos.

Notemos bien que el apóstol *aconseja* la virginidad, no la manda. Cada uno ha recibido de

Dios su propio don. El que no tenga el don de continencia, cásese. No hemos nacido precisamente para ser casados o solteros, sino para dar gloria a Dios y salvarnos. El estado en sí no es el que nos santifica, sino la caridad en el estado. De todos modos siempre hemos de decir que la virginidad es *«un don de lo Alto»* y merece toda estima y toda ponderación.

Es verdad que *«no todos reconocen ésto»*, como dice Jesucristo, pero también es menester reconocer que muchas almas habrían seguido el estado de la virginidad, y se hubieran abrazado a él para siempre, si se les hubiera hablado de su hermosura y excelencia.

9) Sentido de responsabilidad y abnegación

Si has valorado a la luz de la fe el tesoro de tu virginidad y te decides a permanecer en este estado, procura hacerlo conscientemente, y con responsabilidad de tu elección, o como dice Pablo VI en su Encíclica «Sacerdotalis Coelibatus» (N.º 72), la persona que consagra a Dios su virginidad ha de sentir «no el peso de una imposición desde fuera, sino la íntima alegría de una elección hecha por amor de Cristo».

Tú, oh virgen, debes tener muy presente que el seguimiento de Cristo, según el Evangelio, exige abnegación, mortificación y vencimiento continuo, y por lo mismo te diré con Tertuliano, filósofo del siglo III de la Iglesia: «Cubre tu cuerpo con la armadura del pudor, rodéate del vallado

de la modestia, levanta un muro a tu sexo, que no permita ni tus miradas ni las ajenas... procede siempre conforme a la voluntad de tu divino Esposo».

«Las vírgenes son las joyas de Jesucristo» (S. Ing.). «Una virgen es un don de Dios —una hostia de pureza y víctima de castidad— que se sacrifica diariamente y aplaca la ira divina» (S. Ambr.). Y Orígenes afirmó que «un cuerpo incontaminado es una hostia viva, una hostia santa, una hostia gratísima al Señor»...

Pío XII nos dice: «La castidad consagrada a Dios exige almas fuertes y nobles, preparadas a luchar y vencer «por el reino de los cielos»... Para muchos la continencia perpetua sería un peso demasiado grave y no se les puede aconsejar».

Nadie duda que el martirio del cuerpo es grande, y que el número de las vírgenes que lo sufrieron prueba la excelencia de esta virtud, pero el sacrificio constante de un *alma virgen* que se ofrece en holocausto al Señor, es mayor.

La adquisición de la virginidad supone un gran esfuerzo, un sacrificio heroico y un dominio absoluto de sí mismo, y por eso es el sacrificio más hermoso y noble que se puede ofrecer a Dios en este mundo.

Conclusión

Termino esta carta y voy a darte el consejo que San Jerónimo dio a su dirigida espiritual:

«¡Oh virgen!, consérvate enteramente casta. En

modo alguno manches la inmaculada vestidura de Cristo. Tus ojos sean puros y tu lengua virginal. No sea tu imaginación lasciva, ni inmoderada tu risa, ni inmodesto tu andar. En más aprecia el Señor tu vestido pobre y tu sencillo peinado que las perlas y los vestidos de seda. Tu más hermosa flor es el pudor y tu más preciado adorno la vergüenza. La purpúrea cinta que ciña como corona tu cabeza sean todas las virtudes. ¡Oh virgen, esposa de Cristo, glorifica siempre a tu Esposo!

Te bendice tu afmo Padre en el Señor.

B. M. S.

3.ª Carta

A LAS QUE VAN CAMINO DE PERDER LA VIRGINIDAD

— *Velad y orad para no caer en la tentación...* (Mt. 26,11).
— *El que ama el peligro, perecerá, en él* (Ecli. *3,27*).

Muy estimada en el Señor:

Sé los caminos que llevas. Tu vida es más de sentidos que de recogimiento interior. Veo que eres muy amante del cine y de otras diversiones un tanto profanas y temo que pierdas tu virginidad. Amas la pureza, pero no como es debido.

Recapacita sobre la excelencia de esta virtud y repasa las dos cartas que anteriormente he escrito para que no te expongas a perderla.

Mis alabanzas hechas a la santa virginidad, te diré con San Ambrosio, no son contra el matrimonio, ni pretendo con ellas apartarte de él, si tú llegas a preferirlo, si no mostrarte un don precioso, que por ser desconocido de muchas almas tiene pocos devotos en el mundo...

Mi deseo es advertirte en ésta que, si amas la pureza, debes vigilar para no perderla, pues sen-

tiría que solamente después de haberla perdido, te dieras cuenta de su valor.

Te voy a referir uno de los tantos casos que he conocido: Era una joven que amaba mucho la pureza, pero, metida en el ambiente del mundo, se dejó arrastrar por la conversación de un muchacho y accedió a salir algunos días con él de paseo en plan sólo de amistad, luego empezó a notar que nacía en ella el amor humano..., y llegó un momento en que la pasión le cegó y se dejó llevar de cierto halago carnal exterior; pero al volver a casa sintió el remordimiento y la intranquilidad, y, pensando en su pureza, tomó una fuerte decisión, y ésta fue: romper totalmente las relaciones empezadas y consagrarse a Dios, porque reconoció que después del pecado quedaba en su alma la confusión, la vergüenza y el arrepentimiento. Al placer terreno prefirió el espiritual, a lo efímero y pasajero lo duradero y eterno.

Al ver que tú también sigues la corriente del mundo, y que tú caída pudiera ser mayor, me decido a hablarte con claridad:

1) *De los peligros que acechan tu virginidad.*

2) *De los medios que debes poner en práctica para conservarla.*

3) *De la formación de la voluntad.*

1) Peligros contra la castidad

1) *Las malas lecturas*

Hay libros que bajo el velo de honestidad aparente pueden introducir en tu corazón de una

manera oculta el veneno de la sensualidad y llevarte insensiblemente a la pérdida de la castidad virginal y por esto debes pedir consejo para la adquisición y lectura de buenos libros.

El primero y principal que debes adquirir es la Biblia o al menos el Nuevo Testamento, del que puedes leer diariamente uno o dos capítulos, empezando por los Evangelios.

(Leídos los Evangelios, seguirás este orden en la lectura de la Biblia: *Hechos de los apóstoles, Carta del apóstol Santiago, la* 1.ª *de San Juan*... Luego puedes leer del Antiguo Testamento: *Los Salmos, Sabiduría, Eclesiástico, Eclesiastés, Proverbios*... Volverás al N. T. y leerás las *Cartas de San Pablo* y las restantes de los otros apóstoles, y finalmente podrás empezar por el Génesis y leer todos los libros históricos y proféticos).

Debes tener presente que «cuando tú lees la Biblia, Dios te habla; y cuando oras, hablas con Dios» (S. Aug.).

Mi consejo es el que daba San Jerónimo a una de sus dirigidas: «Lee con asiduidad, aprende cuanto puedas. Que el sueño te sobrecoja teniendo en tus manos el libro de las Divinas Escrituras, y cuando cabecées, reciba tu rostro, al caer, la página santa».

2) *Las malas amistades y malas conversciones*

He aquí otro de los peligros que acecha tu pureza. Una persona que no va por caminos rectos puede hacerte mucho mal, y debes evitar su amistad si notas en ella palabras o ejemplos poco dig-

nos de imitar. *«Desterrad de vuestra boca,* dice el apóstol, *toda palabra deshonesta»* (Col. 3,8), y *«toda especie de impureza o de avaricia ni se nombre entre vosotros ni tampoco palabras torpes o indecentes, pues los impúdicos no heredarán el reino de Dios»* (Ef. 5).

3) *El baile, el cine y otras diversiones.*

Estos pueden ser otro escollo para tu pureza, pues en ellos gana hoy terreno la frivolidad y se excitan las bajas concupiscencias y por las conversaciones que se oyen y en las que se toma parte vienen los pensamientos deshonestos y todo el ambiente concurre a poner en peligro tu virtud.

¡Cuánto atraen los espectáculos del mundo, los bailes, los teatros, los cines... y qué poco se piensa que de ellos sale el alma menos buena que lo era al entrar.

Pasada la locura del baile o del cine, tú hazte esta reflexión: «¿Quedo con la conciencia tranquila?».

4) *El trato con personas de diverso sexo*

El trato con persona de diverso sexo, y más si empiezas a sentir afectos sensuales hacia ella, debes evitarlo a todo trance. (San Juan de la Cruz nos dice que el efecto espiritual puede terminar en carnal).

Si quieres permanecer virgen procura no estar a solas con hombre alguno cuando no tengas una razón prudencial y justificada. Respeta tu cuerpo

y haz que otros lo respeten, no dejándote tocar de nadie, y si te ves perseguida o acechada para inducirte al mal, grita para que todos te oigan, como lo hizo otro día la casta Susana al acordarse de la presencia de Dios, y lo mismo José en Egipto cuando rehusó el mal a que fue solicitado diciendo: *¿Cómo voy a hacer esta gran maldad y pecar contra mi Dios*? (Gén. 41).

«La presencia de Dios es un remedio contra todos los vicios» (S. Basilio). «Pecad donde estéis seguros que no está Dios. ¡Ah! Ningún lugar hay fuera de este Ser infinito» (S. Bern.), pues Él esta en todos los sitios.

5) *Instrucción práctica de San Gregorio Nacianceno*

A ti, como a cualquiera joven, que desee conservarse casta y pudorosa, le diré con este santo:

«No mancilles la túnica inmaculada de Cristo, sea tu mirar grave y recogido; tu lengua reverencie la virginidad; no sea tu ánimo lascivo, ni tu risa, ni tu pie marchando con petulencia y desenvoltura. Más respeto me infunde tu sayal tosco y tu cabello descuidado, y más los aprecio, que a las perlas y elegancia de los vestidos de seda.

El pudor es una de las flores más delicadas; la palidez uno de los mejores adornos, y la ocupación, insigne virtud. Todas estas cosas ciñen tu cabeza con una corona.

Adulteren otras las imagen divina con afeites y brillo de colores vivos, retablo, feas señales en muchos casos de los afectos interiores del alma. Mas tú disminuye lo más de esa hermosura exte-

rior, y condúcete de manera que ilustres la hermosura del alma adornada divinamente».

Dicho santo aconseja a las vírgenes que quieren consagrarse a Dios, que no busquen la presencia de los hombres, ni aún la de aquellos que más se distinguen por su castidad, «no sea que con engaños de Belial hieras y seas herida. No juntes la mirada a la mirada, ni enlaces conversación a conversación afectuosa, ni el ojo dé libertad al ojo. Nada tengas que ver con el gusto del árbol maldito, ni te aparte la serpiente lejos del árbol de la vida.

Huye de todo lo que pueda serte ocasión de pérdida de tu pureza «teniendo por esposo a Cristo que es celoso de tu virginidad. ¿Por qué, pregunto, vuelves a la carne tú que has huído de ella?» No todos comprenden la excelencia y explendor de tu alma: como la rosa entre las espinas, así vives tú en medio del vulgo de los hombres, y caminas sobre lazos malos y perniciosos».

2) Medios para conservar la virginidad

La virginidad, flor de la castidad, es la virtud más delicada, y es preciso conocerla bien para no mancharla. Es también la más tentada, y por lo mismo es preciso tenerla en grande estima para defenderla... y para ser apóstol de ella.

La pureza es *un gran tesoro que llevamos en este cuerpo como en un vaso muy frágil y quebradizo* (2 Cor. 4,7), y mientras no cese la guerra entablada de la carne contra el espíritu y del es-

píritu contra la carne (Gál. 5,17), no es fácil lograr una victoria cierta y decisiva. *«Nuestro enemigo el diablo, anda alrededor, como león rugiente, buscando a quien devorar»* (1 Ped. 5,8). Por eso es menester vivir muy alerta y poner en práctica los medios que tenemos para conservar la pureza: Oración, huída de ocasiones, mortificación, etc.

1) *La oración, la vigilancia y el trabajo.*

Jesucristo nos dice: *«Velad y orad para no caer en la tentación. El espíritu está pronto, pero la carne es flaca (*Mt. 28,11*). «Luego que llegué a entender, dice el Sabio, que no podía ser casto sin la ayuda de Dios, acudí a El y se lo pedí fervorosamente* (Sab. 8,21). «Con la oración, la castidad está segura, sin la oración está en peligro» (S. Greg. Naz.).

Sin vigilancia no hay pureza. No dejes abiertas todas las puertas de los sentidos, evita la curiosidad inconveniente, sé casto y prudente. «La pureza será conservada hasta en el siglo, si la disciplina está en vigor y se ejerce la vigilancia» (Tert.). «Sed modestos y contenidos en el porte, en el aliento, en las palabras, en la mirada, en los pensamientos y en la alegría» (S. Efrén).

Evita además *la ociosidad* que «es madre de todos los vicios» trabaja, estudia, reza, ocúpate, en algo útil, cumple con el deber... así mantendrás lejos de ti las tentaciones graves y podrás vencerlas.

2) *Temor de Dios y huída de ocasiones.*

Dios nos ama a todos y debemos estar llenos de un temor santo de no quererlo ofender. *El temor del Señor es el principio de la sabiduría, pues él nos aleja del pecado* (Ecli. 1, 15 y 27).

«Para ser puro y casto se necesita el temor de Dios» (S. León).

«Contra la impetuosidad de la pasión impura, emprended la fuga, si queréis conseguir la victoria... Además, sed muy humildes y recurrid a las llagas de Jesucristo» (S. Agustín).

«El primer remedio contra el vicio es apartarnos mucho de aquellos cuya presencia es una tentación... Muchas personas eminentes en virtud han caído en el abominable vicio, y han perdido la más hermosa de las virtudes por creerse seguros. Nadie tenga demasiada confianza. Si sois santos, no por eso sois impecables» (S. Jerónimo).

Por más que nos suceda, no hemos de querer lo que quieren los sentidos y la carne... Las rebeliones involuntarias no son un pecado... Muchas veces el alma no es dueña absoluta de su cuerpo corrompido; pero, negándole su consentimiento y su apoyo, domándole en cuanto puede, el pecado no existe; por el contrario, de allí nace la virtud y el mérito...

3) *Devoción a la Santísima Virgen.*

Pío XII nos dice: «Un medio excelente para conservar intacta y sostener la castidad perfecta, medio comprobado continuamente por la expe-

riencia de los siglos, es el de una sólida y ardiente devoción a la Virgen Madre de Dios». Ella es el modelo de las almas vírgenes. Ella era tan pura y amaba tanto la virginidad, que su primera palabra, según aparece en el Evangelio (Lc. 1,34) fue en defensa de la misma.

María es llamada «Virgen de las vírgenes», porque fue la primera que, sin precepto, sin consejo y sin ejemplo de nadie, hizo a Dios ofrenda de su virginidad, dando a todos ejemplo y lecciones de virginal pureza» (S. Alberto M.).

Tú invoca a la Virgen en las tentaciones que te sobrevengan, rézale un Ave María, y dile: «¡Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos».

4) *La sagrada Comunión.*

La Comunión es, entre todas las prácticas de piedad, el mejor medio que tenemos para conservar la inocencia de nuestra alma. En la Comunión la naturaleza divina se une a la muestra tan pobre y miserable y la diviniza en cierto modo, haciéndola más fuerte para vencer los ataques del demonio, del mundo y de la carne.

La Sagrada Comunión es «unión física, espiritual que nos transforma; unión de Dios con nosotros y de nosotros con Dios. Por la Comunión (lo que equivale a decir «unión común») nos hacemos «uno» con Cristo, como dice Santo Tomás.

Si comulgamos, Cristo viene a nosotros y se hace «uno con nosotros». El sigue siendo Dios, y nosotros hombres, pero hombres de Dios. el «*pan vivo,*

bajado del cielo», por ser de naturaleza superior, nos cambia a nosotros en El, o sea en «nuevos hombres», haciéndonos más castos, más humildes, más santos...

«El alimento eucarístico es remedio contra la sensualidad» (León XIII).

5) *La mortificación de los sentidos*

El apóstol San Pablo dice: «*Siento en mis miembros una ley contraria a la ley de mi espíritu, y para que éste no sea esclavo de mi carne corruptible, peleo con valor... castigando mi cuerpo y reduciéndolo a la servidumbre, no siendo que predicando a otros me haga un réprobo o me vea condenado*» (1 Cor. 9,27).

¿Quién podrá creerse seguro? Si el apóstol, aquel vaso de elección, escogido para el ministerio del Evangelio de Cristo, reprime y cohibe su cuerpo estimulado por los aguijones de la carne y los incentivos de los vicios y lo reduce a la servidumbre; si después de la desnudez, de los ayunos, del hambre, de la cárcel, azotes y suplicios, vuelto sobre sí mismo exclama: «*¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte* o mortal concupiscencia?» (Rom. 7,24). ¿Tú crees que deberás estar segura y más por el camino que vas?

San Carlos Borromeo afirma: ¿Sin la guarda de los sentidos y las maceraciones corporales, nadie logrará el don de la castidad».

Tú sé prudente y a su vez diligente en saber oponerte a la tentación. No te dejes llevar de tu celo indiscreto, no seas de las que se disciplinan y quieren

extenuar su carne y luego no saben sufrir una palabrita de crítica o un desprecio que le hacen.

«¿De qué sirve, pregunta San Jerónimo, extenuarse con ayunos, si el alma está hinchada de soberbia?...» Este santo alaba el ayuno, y dice que «no sólo el que se abstiene de alimentos obra rectamente, sino que el ayuno más acepto a Dios será el de aquel que se abstiene de toda obra mala».

Una de tus mortificaciones principales ha de ser el vivir retirada del bullicio del mundo; y como llamada, quizá, a «vivir en el mundo sin ser del mundo», por ser éste foco de corrupción, deberás evitar todo espectáculo, diversión o tertulia profana, porque pueden hacer penetrar por tus sentidos el veneno de la impureza, pues «todo lo que se ve, todo lo que se hace, lo que se oye, produce la molicie y corrupción del corazón y hasta a las personas más santas llega esta influencia perniciosa».

«No dejes crecer el mal pensamiento, y si pasan alguna vez cosas sucias por tu mente, deséchalas, que no se desarrolle en ti nada diabólico o mundano»...

Sé casto y vivirás alegre. La alegría nace de corazones puros.

6) *Humildad, modestia, presencia de Dios.*

— *La humildad* es necesaria, porque ella es el origen de todas las virtudes, así como la soberbia es principio de todos los vicios y señal de reprobación. Desconfía mucho de ti, de tus propias fuerzas, y confía mucho en Dios y pide su ayuda...

— *La modestia y presencia de Dios.* Un alma

modesta en el vestir y recogida hace entrar en la senda del deber a un alma disipada, la detiene en sus desórdenes, le reprocha sus ligerezas.... «*El vestir, el reír y el andar del hombre dicen lo que es*» (Ecli. 19,27).

La modestia bien entendida es el respeto a la presencia de Dios, que inspira al hombre compostura, recogimiento y decoro. «Dios me ve, dice el hombre de fe. El me mira en el día como en la noche, en la soledad como en sociedad, El es testigo de mis acciones y será mi Juez».

San Efrén se vio tentado por una mujer lujuriosa, y venció su tentación al decirla: «Buscad un lugar donde Dios no me vea y cometeré la mala acción que me proponéis...».

7) *La confesión, la dirección espiritual*

Cuando el alma está manchada por el pecado, el remedio que tenemos para curarla y desinfectarla de la culpa es *la confesión. La buena dirección espiritual* es de necesidad para no hacer las cosas a capricho y exponermos a equivocaciones, y además es útil si los consejos del confesor nos llevan a Dios, si nos apartasen de El sería mejor dejarlo.

El director debe ser *piadoso, docto* y *experimentado*, y la persona dirigida debe ser *humilde, sencilla y sincera.*

8) El apoyo en el amor de Dios.

Este es el motor indispensable de la vida sobrenatural. San Pablo (Rom. 7,23) plantea todo el problema moral del hombre, o sea, la tragedia del hombre

caído, que se expresa por aquélla fórmula que dice: «El *acto* sigue al *deseo*, si no se opone un *Amor*, fundado en *conocimiento, que da voluntad mejor»*.

Como la virginidad, según hemos dicho ya, nace del amor *sobrenatural, del Amor* (con letra mayúscula) a Jesucristo, Autor de la virginidad, es menester poner este «Amor a Dios» por encima de todos los amores humanos o inclinaciones de las pasiones. Una *acción mala* es efecto de un *deseo malo*, y a este deseo sigue la acción, si no se opone ese *amor divino*, por el que nos alejamos del pecado.

La virgen combate sus pasiones y lucha y sufre a veces por mantenerse pura, y lo hace por amor más alto, por el que es «Esposo de las vírgenes», por el que nos dice por el apóstol que *«los sufrimientos del tiempo presente no son nada en comparación de la gloria eterna que ha de manifestarse en nosotros* (Rom. 8,18). *Por muchas tribulaciones hemos de entrar en el cielo* (Hech. 14,21), y es consuelo para el cristiano sufrir por el que sufrió y murió por nosotros, y más al saber que *las aflicciones tan breves y ligeras de la vida presente, nos producen el eterno peso de una sublime e incomparable gloria»* (2 Cor. 4,17).

En cualquier estado la vida se presenta como una lucha, pero *«el tiempo es corto»*, la escena de este mundo pasa rápidamente, y si tú te decides a anteponer el amor divino a todos los amores humanos y terrenos, debes luchar con alegría y con la esperanza de una corona inmarcesible de gloria.

Ten presente las razones que da el apóstol San Pablo para recomendar la virginidad, y «si te sientes capaz de este don, adelante».

9) *La lectura de la Biblia.*

Este es uno de los medios principales para conservarse puros, del cual ya he hablado más extensamente en otros libros, pues como dice San Jerónimo: «Amad la ciencia de la Escritura y no amaréis los vicios de la carne». Con dichos medios y fortificando tu voluntad saldrás victorioso.

3) Formación de la voluntad

Este es un factor importante. La voluntad es la raíz de la vida moral, la puerta del pecado y el asiento de la responsabilidad.

Frente al deber y al ideal de la virginidad y de la santidad es preciso saber decir: «Quiero». Un «quiero» hacer esto, cueste lo que cueste, eso es tener voluntad. El verdadero valor se muestra en la perseverancia, en la lucha constante.

El retroceder ante un obstáculo es de almas que no saben «querer» ni tener decisión, es decir, en ellas el «quiero» equivale a «yo querría», o sea, quisiera ser casta si no me costase. Si así obrases tú, no serías joven de voluntad.

Un alma de voluntad se conoce enseguida cuando obra resueltamente y sabe tener una sana «terquedad» por mantenerse en el camino del bien y ser fiel al cumplimiento de su deber, y así cuando conoce que para conservarse pura, debe resistir las tentaciones, huír de las compañías de conducta dudosa, abstenerse de lecturas peligrosas, de conversaciones poco honestas y frecuentar los sacramentos...,

se dice: Así lo haré, aunque me cueste, con la gracia de Dios.

La que después de reflexionar y haber pedido consejo, toma una firme resolución con toda seriedad y sin temor a contradicciones y burlas, ilusiones falsas o dificultades que encuentra en el camino y sigue firme hasta conseguir el fin propuesto, ésta es un alma de voluntad.

La formación de la voluntad debe obtenerse por estos medios:

1) siendo mortificada de cuerpo y alma; 2) siendo muy amante de la pureza; 3) llevando un régimen de vida espiritual, y 4) mediante la dirección espiritual, a ser posible.

San Pablo dijo: «*Si hacéis morir con el espíritu las obras de la carne, viviréis*», es menester, pues, someter el cuerpo al espíritu, y a este fin no hay que buscar el regalo, ni la cama muelle, ni dejarse llevar de sensaciones o de cualquier moda estúpida, ni privarse de la comida para conservar la línea (conozco, puedo decirlo, una joven que está hoy en el manicomio por hacer tal locura)...

Al alma hay que disciplinarla, así como al cuerpo, pero por medio de la reflexión, de la meditación, leyendo libros de piedad sólida, especialmente los Evangelios, las Cartas de San Pablo, y en una palabra la Santa Biblia.

Para la formación de la voluntad es menester ante todo *amar la pureza*, porque es fuente de energía, y porque la impureza ensucia el cuerpo y el alma.

Hay que «querer», esto es, resistir, dominar las pasiones, reprimir la curiosidad, soportar los defec-

tos del prójimo. Hay que luchar todos los días y comenzar cada día a dominarse.

Para no ser almas vulgares, mediocres e incapaces de progreso, y poder ser almas enérgicas y fuertes, se impone el tener un plan de vida compaginable con el deber. Y como a veces surgen dificultades, y las jóvenes por sí solas estarían expuestas a retroceder en el camino del bien, de aquí la necesidad de una buena dirección espiritual.

Resumen y conclusión

La perseverancia en el estado de virginidad necesita ayuda de Dios y cooperación personal: *oración y fe, mortificación y enamoramiento del Señor y de su Iglesia.*

La virginidad, una vez aceptada libre y amorosamente como una vocación y no como una imposición, debe ser estimada por su gran valor «en sí», porque es más grata a Dios, porque nos hace vivir más entregados a su servicio y nos deja más libres para el apostolado y el bien de nuestros prójimos, y además porque, según la expresión del apóstol, nos hace más santos en cuerpo y alma.

La persona que se abrace a la virginidad con deseo de mayor santificación, debe hacerlo por un fin sobrenatural, porque en ella es *más de Dios, sólo* de Dios y *toda* de Dios, en cuanto no divide su corazón sino que le hace una entrega total a El.

Contra el amor del mundo y todo amor terrenal debemos oponer otro Amor, el amor que se dirige hacia el Amado y único que merece todo nuestro co-

razón. Mas para mantenernos en este Amor hay que evitar lo que nos puede apartar de El y hacernos perder el sentido de Dios y de lo que es santo y sagrado.

Para vivir en el mundo sin ser del mundo es menester no perder de vista el móvil de la promesa de ser fieles a nuestra virginidad consagrada y abrazada por un Amor que está sobre todos los otros amores terrenos, y por este Amor más fuerte vendrán a ser dominados los impulsos bajos del corazón y de la carne.

Joven: Termino ya esta carta. Piensa dónde darías más gloria a Dios nuestro Señor y dónde serías más feliz, y si te decides a ser alma consagrada al Señor, debes hacerlo por Amor..., porque quieres «amar a Dios sobre todas las cosas» y amarle y desagraviarle por los que no le aman y ofenden. La explicación de este sacrificio te lo dará únicamente la fe. Tú sé alma casta y serás feliz.

Te bendice tu afmo. Padre en el Señor.

B. M. S.

4.ª Carta

A LAS QUE HAN PERDIDO LA VIRGINIDAD

Los que son de Cristo Jesús han crucificado su carne con sus pasiones y concupiscencias (Gál. 4, 24).

Muy estimada en el Señor:

Te escribo la presente para aclararte las dudas e inquietudes que nacen en ti por creer que has perdido la virginidad, la que ahora parece amas y añoras más que nunca.

Una virgen es como una flor. La flor manoseada puede ponerse mustia y marchitarse.

De hecho hay vírgenes en el cuerpo pero no en el espíritu, pues conservando la integridad de su cuerpo no han pensado en hacer un propósito firme de no mancillarlo jamás; otras, por el contrario no son vírgenes ni en el cuerpo ni en el espíritu.

Para mayor inteligencia voy a hablarte con toda la claridad posible y a contestar a las preguntas que me has hecho:

1) *¿Cómo se pierde la virginidad?*

2) *¿Es posible recuperarla, una vez perdida?*

3) *La persona que perdió la virginidad ¿puede pertenecer a un Instituto Secular o vivir en un claustro?*

4) *¿Es más santa una virgen que una casada?*
5) *¿Por qué alabar tanto la virginidad?*
6) *¿Cuál será mi estado de vida?*

A mí no me extraña que ames la virginidad y aún la añores habiéndola perdido. A una persona casada que leyó el libro que titulo: «Hermosura de la Castidad» me dijo: «Si antes de casarme hubiera leído este libro y hubiera comprendido como ahora qué es la virginidad, hubiera renunciado al matrimonio».

«El solo nombre de virginidad ya nos trae a nuestra mente ideas de gracia, de bondad y de hermosura... Siempre se ha llamado figuradamente «virgen» aquello que en grado sumo es puro y limpio, aquéllo que nunca fue tocado ni examinado, aquéllo que todavía ni sirvió ni fue empleado en obra alguna, aquéllo que nadie pisó ni cultivó, aquéllo que conserva su primitiva fuerza, vigor y lozanía». (Sr. Jer.).

Antes de contestar a tus preguntas, empezaré por asentar unos principios generales:

«La castidad y la virginidad, por decirlo con palabras del P. Valencina, son cosas distintas, como las ramas y el tronco, la flor y el tallo, aunque ambos tengan una misma raíz y vivan de una misma savia. Y pues la comparación es exacta, te diré que la virginidad es la flor de la castidad, y esa flor es la que exhala el aroma delicioso de la pureza que embriaga con su fragancia a los mismos ángeles del cielo.

La castidad perfecta consiste en la abstención de los placeres lícitos e ilícitos y esta abstinencia debe ser por elección y de propósito, pues de lo contrario, no podía llamarse virtud de la virginidad. Esta tiene su asiento y su ser en la voluntad y su integridad en el

cuerpo, o por usar las mismas palabras de Santo Tomás: «La virginidad está esencialmente en el alma y materialmente en el cuerpo. De modo que aunque el cuerpo sufra una violencia completa, como la voluntad resista y se mantenga firme en su propósito, nada ni nadie podrá arrebatarnos la preciosísima flor de la virginidad», así lo enseña el mismo Santo.

1) ¿Cómo se pierde la virginidad?

Después de lo que acabamos de decir, podremos concretar mejor la cuestión presente.

La virginidad perfecta requiere dos cosas: 1) *De parte del alma* un propósito perpetuo de abstenerse de toda delectación carnal. 2) *De parte del cuerpo* que nunca haya sido voluntariamente manchado o violado con acto sexual.

Este es el pensamiento de Santo Tomás compendiado ya en estas breves palabras:

«La virginidad está esencialmente en el alma y materialmente en el cuerpo».

La virginidad, por tanto, se puede perder formal o materialmente.

La virginidad *formal*, que otros llaman *moral*, la cuál consiste en el propósito firme e inquebrantable de abstenerse de toda delectación carnal o placer impuro nunca voluntariamente experimentado, se puede perder por cualquier pecado mortal, interno o externo contra la castidad y por la intención de casarse, o sea, de contraer y consumar el matrimonio.

La virginidad *material o física*, que consiste en la integridad o pureza del cuerpo, se pierde por la vo-

luntaria violación de la carne; mas no basta que haya habido un mero tocamiento o contacto externo, sino que se requiere en los varones una acción con pleno placer impuro o pecaminosa polución; y en las mujeres se pierde por la cópula carnal voluntaria, y también puede perderse por otra violación libidinosa voluntaria del claustro virginal, provocatica del derrame del humor vaginal.

Notemos que he dicho «violación voluntaria», y por tanto no se pierde la virginidad ante Dios por una violenta opresión no consentida o por una operación quirúrgica.

Según esta doctrina que he procurado exponerte con claridad y realismo (porque conviene tener ideas claras), podremos responder mejor a esta siguiente pregunta:

2) ¿Es posible recuperar la virginidad?

A esta cuestión te responderé diversamente según se trate de la virginidad formal o material.

La virginidad formal se puede recuperar, cuando se pierde por un pensamiento o deseo consentido o bien por un acto o tocamiento exterior, es decir, por cualquier pecado de lujuria no consumado o por la voluntad de casarme con deseo de consumar el matrimonio, y la razón es porque permanece el elemento material o integridad de la carne, y la virtud perdida (o quebrantamiento del elemento formal de la virginidad consistente en el propósito de permanecer perpetuamente virgen), puede recuperarse por la retracción o la penitencia.

La virginidad material es irreparable cuando se pierde por cópula voluntaria o bien por voluntaria polución, como queda dicho, porque por tales actos se viola la integridad y pureza de la carne (que es la *materia* de esta virtud), y también se rompe el propósito de conservarla perpetuamente (que es su forma).

En la Escritura Santa leemos:

«Si el impío hiciese penitencia de todos los pecados que cometió y guardare mis mandamientos, Yo no me acordaré más de los pecados que cometió... Yo no quiero la muerte del impío... y si éste se convirtiese de su impiedad, la impiedad no le dañará...» (Ez. 18,21-23; 33,11-12).

Notemos que una cosa es el pecado y otra la virginidad en sí, y por lo mismo aquel que pecó por pensamiento o deseo o acto externo consentido, puede obtener el perdón de Dios, esto es, su gracia y su amistad e incluso lograr que revivan los méritos primeros de la virginidad si hace penitencia de su pecado.

Además tal persona puede consagrarse de nuevo al Señor; mas si pecó por obra, y no solamente por acto meramente exterior, sino en la forma antes expuesta, entonces perdió definitivamente la virginidad, pues quedó plenamente desflorada. Y si después de arrepentida reconociese el valor y belleza de la pureza y desease consagrarse a Dios, guardando castidad durante su vida, también puede hacerlo, y tendrá su gloria, porque puesta en amistad con Dios misericordioso por el arrepentimiento, «una larga castidad tiene el mérito de la virginidad» (S. Bern.).

La virgen, por consiguiente, que pecó, podrá obtener el perdón de Dios y su gracia y amistad, y, por lo tanto, la vida eterna, en virtud de su penitencia, al igual que la obtiene todo pecador, pero jamás conseguirá recuperar la aureola de las vírgenes, ya que Dios jamás podrá hacer que la que perdió la virginidad por un pecado de lujuria consumado, deje de haberla perdido.

3) La que perdió la virginidad ¿podrá pertenecer a un Instituto secular o religioso?

No hay inconveniente, ni obstáculo alguno por la pérdida de la virginidad para que una persona pueda pertenecer a un Instituto Secular o Religioso o bien pueda consagrarse en un claustro, porque purificada de la culpa por arrepentimiento vive en unión con Dios, y a su vez es muy amada de El, pudiendo ofrecerle también su cuerpo en sacrificio agradable, según nos dice el apóstol (Rom. 12,1-2). Perdida la virginidad, la castidad persevera, y «una larga castidad, como tenemos dicho, tiene el mérito de la virginidad».

4) Una persona virgen, ¿es más santa que una casada?

La Iglesia atribuye honores al matrimonio y a la virginidad; pero los que atribuye a la virginidad son mayores, y nos enseña que si el matrimonio es bueno, la virginidad es mejor y más excelente, y por

lo mismo no se puede igualar a ella en perfección y mérito el estado del matrimonio; pero notemos que al decir que la virginidad es más perfecta que el matrimonio, no establecemos comparación entre las personas, sino entre la perfección de los estados.

De aquí que respondamos a la pregunta hecha, que no hay argumento que en algún caso particular demuestre la imposibilidad de que una casada sea más virtuosa que una virgen, de hecho podemos señalar algunos ejemplos de casadas eminentemente virtuosas y santas.

De todos modos notaremos que el ser puro ayuda mucho a ser santo, y así Orígenes llama santo sin vacilación a quien hubiere consagrado su virginidad a Dios, llegando a decir que «si alguno se hubiera ofrecido con voto al Señor, si rehusase implicarse en negocios seculares, para agradar más a su Creador, si se apartare del trato de los demás hombres que viven según los naturales instintos de su carne y están siempre embebidos en terrenales asuntos, si no busca las cosas de la tierra y sólo se preocupa por las del cielo; a éste con justa razón se le podrá llamar *Santo*».

5) ¿Por qué alabar tanto la virginidad?

La razón no es otra que porque la Escritura Santa y los Santos Padres y el Magisterio de la Iglesia le dan siempre el primer puesto de honor a la virginidad, el segundo a la castidad viudal y el tercero al matrimonio.

Y así nos dice San Ambrosio: «Es cierto que el es-

tado de la virginidad es el más perfecto, mas por serlo y aconsejarlo, no por eso vamos a condenar el matrimonio... Su condenación llevaría aparejada la de nuestro nacimiento... No desaconsejo, pues, el matrimonio; pero recuerdo los frutos de la sagrada virginidad.

«La castidad, ciertamente, es un don de muy pocas; el matrimonio, en cambio, de todas. Claro que si no hubiera madres, tampoco tendríamos vírgenes. Mi intento es más bien comparar excelencias con excelencias para que se vea claro qué es lo mejor».

Los que hablan de la castidad con desprecio son en general los que van por el camino de la impureza y del libertinaje. Nadie proveyó más eficazmente a la santidad del estado del matrimonio que Jesucristo dándonos a conocer el precio de la *castidad*, y todos, según los Libros Santos, estamos obligados a vivir en ella, cada cual en su estado, pues los preceptos del Señor que se encierran en diversos textos, al hablarnos de esta virtud, son claros y terminantes:

— *«No cometerás adulterio, no desearás la mujer de tu prójimo»* (Ex. 20).

«Cualquiera que mirare a una mujer con mal deseo hacia ella, ya cometió adulterio en su corazón» (Mt. 5,28).

— *«No queráis cegaros, hermanos; ni los fornicarios ni los adúlteros... han de poseer el reino de Dios»* (1 Cor. 6,9).

Es necesario, pues, vivir en castidad en todos los estados. El mismo matrimonio exige fidelidad conyugal y no debe profanarse.

Alabamos con la Iglesia la virginidad sobre el matrimonio, pero no condenamos a éste.

Por tanto, ¿tú quieres casarte? Puedes hacerlo, y si te casas, te diré con el apóstol, no pecas, pero..., ¡buena te espera! Esta expresión viene a ser la consecuencia que nos saca San Pablo al hablar de la virginidad, pues dice: *«Pero tendréis que estar así sometidas a la tribulación de la carne»* (1 Cor. 7,28), es decir, las tentaciones contra la castidad serán grandes y por lo general mayores en las casadas que en las vírgenes y, por otra parte, tendrán también mayores desasosiegos temporales, *de los cuales, añade, quisiera yo ahorraros.*

Si te casas no te faltarán los trabajos inseparables del matrimonio; mas si tú ves que no puedes guardar la castidad debida, te diré lo que el mismo apóstol decía al escribir a su discípulo Timoteo sobre las jóvenes viudas, que al ver que se volvían licenciosas, dejándose llevar de la lujuria, les aconseja el matrimonio. He aquí sus palabras:

«Quiero, pues, que las jóvenes viudas se casen, crien hijos, gobiernen su casa y no den al enemigo ningún pretexto de maledicencia, porque algunas ya se han extraviado en pos de Satanás» (1 Tim. 5,14-15).

Tú no debes ir forzada a ningún estado de vida, pues Dios no fuerza nuestra voluntad, ya que de una u otra manera nos dice: *«Si quieres ser perfecto...»* y así nos deja en libertad de escoger y seguir a nuestro gusto el camino que El nos inspira.

Si tú no has sentido esta llamada del Maestro Divino, piensa si existe en ti el deseo de entregarte a su servicio. Dios nos llama de muchas maneras. ¡Cuántas almas puras, y a veces cuántas otras que pecaron, movidas por el arrepentimiento y por la necesidad

de expiación, y también por un buen ejemplo de otras almas escogidas y generosas, han reconocido el llamamiento de Dios a esta vida de perfección!

Tú, de todos modos, no te contentes con una vocación dudosa, indecisa o incierta; es preciso que el llamamiento sea claro; pues, puedo decirte que he conocido algún caso de entrada en la vida religiosa, que ha venido a ser un largo y peligroso martirio. Si sientes el llamamiento de Dios, responde a él con decisión y alegría.

6) Tu estado de vida

Estado de vida es una manera de *vivir estable* y perpetua o fija.

Los verdaderos estados de vida son: El estado sacerdotal, el estado religioso en el claustro, el estado de virginidad o celibato en el mundo (conforme a los Institutos Seculares aprobados por la Iglesia) y el estado del matrimonio.

A todos los estados, como nota San Agustín, se les señala en la Sagrada Escritura la norma de vivir, pues a todas las personas de cualquier sexo, edad y condición se les exhorta a vivir bien.

La vocación aparece en la Santa Biblia como un llamamiento de Dios, un destino del hombre a cierto estado de vida... una invitación, un consejo para que le sirva en una vida de mayor perfección, y así vemos cómo El llama a los apóstoles, que respondieron a su vocación, y cómo interviene y sigue llamando a tantos otros:

— *«Ven, sígueme».*

— *«Venid en pos de Mí, y os haré pescadores de hombres».*

— *«El que dejase al padre y a la madre por mi amor, poseerá la vida eterna».*

— *«El que me confesare delante de los hombres, Yo le confesaré en presencia de mi Padre».*

— *«Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, dalo a los pobres y sígueme».*

— *«El que se sienta capaz de este don* (de la virginidad), *adelante».*

— *«Si te casas, no pecas, pero si no te casas,* por amor a la virginidad, por servir más fielmente a Dios, *obras mejor»...*

Dios, pues, llama de diversas maneras.

La elección de estado es un punto crucial en los caminos de la vida. Momento decisivo y de suma trascendencia. Tremenda responsabilidad si no sigo la voluntad de Dios o voy por donde no era mi camino. «No hay nada que esté tan perfectamente ligado con la salvación eterna como lo que llamamos vocación» (Bourdalue).

Tú hazte estas preguntas:

¿Dónde puedo yo dar más gloria a Dios y santificarme? ¿Me llama Dios por el camino de la virginidad o del matrimonio? ¿Cómo conocer este llamamiento?

Los medios ordinarios para conocer la vocación en un Instituto Secular o Religioso, son éstos: Disposición y atractivos manifiestos.

1) *Disposición.* Esta exige condiciones físicas y morales, como el *estar libre de impedimento* (por la edad o por el casamiento); *intención recta* (el logro

de la perfección); *idoneidad* o aptitudes para las cargas (no padecer enfermedad alguna).

2) *Los atractivos* que uno siente por un estado de vida son las inclinaciones constantes del alma que previene toda deliberación... Atractivos de espíritu, que por servir a Dios de lleno renuncia a las vanidades del mundo.

¿Qué decir de la *vocación al matrimonio*? Podemos decir que más que una vocación es una inclinación de la naturaleza, pero también se necesita una disposición especial, pues hay que considerarlo como una senda de una vida de delicados deberes, de trabajos oscuros, de perpetuo sacrificio. Los contrayentes deben reflexionar y orar mucho, para ver si realmente tienen verdadera vocación para llevar sus cargas.

Un proverbio dice: «Antes de marchar a la guerra, reza una vez; reza dos antes de embarcarte; reza tres antes de casarte».

Se necesita una seria reflexión y una especial disposición para el matrimonio y casi más que para la vida religiosa, porque el matrimonio una vez contraído, aunque a los pocos momentos empiece la desdicha, es indisoluble. De aquí el adagio: «Antes de que te cases, mira a ver lo que haces», pues una vez contraído, no tiene noviciado para volverse atrás. Se impone, pues, una seria reflexión antes de tomar estado para que cada uno vea en cuál puede dar más gloria a Dios y salvarse, y en caso de una persistente duda, debe consultar, y ¿con quién? La Escritura Santa dice: *«No te aconsejes con tontos, porque ellos no pueden amar sino aquéllo que a ellos les place»* (Ecli. 8,20). *«Procede con cuanta cautela*

puedas con las personas, y conversa con los sabios y prudentes» (Id. 9,21).

Conclusión:

No dudo que tú y cuantas personas lean este libro, compuesto de las cuatro cartas expuestas, se admirarán de la excelsa prerrogativa de la virginidad. Ella es una virtud predilecta del Señor, «un don de lo alto» muy ensalzado en los Libros Santos.

San Jerónimo se pregunta: ¿Sabéis cuál es la causa de que Cristo Nuestro Señor ame más a las vírgenes que a sus otros elegidos? La causa es, porque espontáneamente le dieron lo que no se les pidió ni mandó, y por eso los mayores elogios y alabanzas se han reservado para esta angelical virtud.

Joven: Si Dios te llama por esta senda tan desconocida de los mortales, síguela con decisión, alegría y amor, y si mis cartas te han hecho mucho bien, después de dar gracia a El, reza una oración por mí, propaga la lectura de este libro, y seamos tú y yo «sembradores de pureza en el mundo».

Te bendice tu afmo. Padre en el Señor.

B. M. S.

INDICE

Temas de las 4 *Cartas:*

1.ª CARTA:
A las que ignoran el tesoro de la virginidad
1) Vive alerta ....
2) Excelencia de la virginidad ....
3) Su hermosura ....
4) Educación para una vida pura ....
5) Ama mucho la pureza ....
6) Sé decidida en ir por esta senda ....

2.ª CARTA:
A las que conocen el valor de la virginidad.
1) Palabras de Jesucristo sobre la virginidad ...
2) Doctrina de San Pablo ....
3) ¿Es posible guardar virginidad? ....
4) Enseñanzas de la Iglesia ....
5) Palabras de Pío XII ....
6) La virginidad consagrada ....
7) La virginidad ¿en el mundo o en el claustro?
8) La virginidad no es un precepto ....
9) Sentido de responsabilidad y abnegación ...

3.ª CARTA:
A las que van camino de perder la virginidad
1) Peligros que acechan la virginidad: ....

1) Las malas lecturas ....
2) las malas amistades y malas conversaciones ....
3) el baile, el cine y otras diversiones ....
4) el trato con personas de diverso sexo ......
5) instrucción de San Greg. Naz ....
2) Medios para conservar la virginidad: ....
1) La oración, la vigilancia, el trabajo ....
2) temor de Dios y huída de ocasiones ....
3) devoción a la Stma. Virgen ....
4) la Sgda. Comunión ....
5) la mortificación de los sentidos ....
6) humildad, modestia, presencia de Dios ...
7) la confesión y dirección espiritual ....
8) el apoyo en el amor de Dios. ....
9) la lectura de la Biblia ....
3) Formación de la voluntad ....

4.ª CARTA:
A las que han perdido la virginidad
1) ¿Cómo se pierde la virginidad? ....
2) ¿Es posible recuperarla? ....
3) La persona que perdió la virginidad, ¿puede pertenecer a un Instituto Secular o vivir en un claustro? ....
4) ¿Es más santa una virgen que una casada? ..
5) ¿Por qué alabar tanto la virginidad? ....
6) ¿Cuál será mi estado de vida? ....